

VIANDANTE DE LEJOS Y DE CERCA (PARÍS)

Tino Villanueva

Dirigiéndome al metro Place de Clichy,
tiré por el lado donde los comercios y edificios
ofrecían tranquila sombra.
Iba sintiendo los calurosos vahos de junio
cuando apareció ante mis ojos
un viandante
que por la misma acera venía hacia mí
por la rue de Batignolles.
Lo divisé a no muy lejos y, puesto que era él
el único brote en la calle,
no pude quitarle la vista de encima y los dos
seguimos avanzando.
Eran casi las tres y media de la tarde
y sin percatarme todavía en ellos,
sus pasos eran otros—
pasos cortos y medidos
de tres pulgadas de extensión, cuando mucho...
pasito tras pasito sin cesar.

Poco a poco
fuimos reduciendo la distancia entre nosotros,
y al tenerlo casi al lado
observé por fin sus pies de cerca.
De todos los ruidos de la calle que ascendían
aquel día

solo pude oír el *chuf-chuf...chuf-chuf*
de sus zapatos como un cansancio pesado
contra el suelo.
Intenté memorizar sus otros atributos:
alto, cincuentón de piel color cobrizo exacto,
barba de cinco días,
vestido de arriba abajo de aceituna deslucido.
Yo vestido de vergüenza,
pues cuál no sería mi sorpresa al descubrir
que un impedimento ajeno a su control
le trababa la acción de caminar.
Y de ahí el *chuf-chuf...chuf-chuf* acompasado.

¿Qué enfermedad le complicaba sus pies y piernas?,
me pregunté.
¿Cuál cruel dios habrá dejado caer sobre él
la maldición de sus pies accidentados?

Seguimos caminando, alejándonos uno de otro.
Y cuando hube con mis pies llegado al metro
(brillando estaba el sol sobre la plaza entera)
sentí que de par en par
se abrían las puertas de la compasión.
Y con la voz que yo llevaba aquella tarde,
se me vinieron a los labios:
en el nombre
de todo lo bueno que existe por la calle,
que nadie lo maltrate
ni se burle de su porción de vida que lleva
por delante.
En el nombre
de cualquier bocado que su boca pruebe,
que termine bien alimentado.

Más tarde,
sentado ya entre el bullicio de un café,
me salió la misma convicción:
en el nombre

*del agua bendita de las fuentes de París,
que nunca tenga sed; que sane de su enfermedad
y tenga larga vida; que siempre llegue,
tarde o temprano,
adonde tenga que llegar.*